que la abrace y te valgas de ella. Porque el que á Antonio derribare, éste será el que concluirá esta guerra abominable y peligrosa. Ten salud.

XX.

CICERÓN A PLANCO.

Año 710.

Hay tan poca firmeza en las nuevas que de ahí vienen, que no sé qué escribirte. Porque unas veces nos cuentan de Lépido lo que deseamos y otras lo contrario. Pero de tí siempre están firmes las buenas nuevas, que ni te pueden engañar ni derribar: de las cuales dos cosas en la una tiene su parte la ventura; pero la otra es propia posesión de tu prudencia. Aunque tu colega me ha escrito una carta dada á los 15 de mayo en que me dice le has escrito que Lépido no se confedera con Antonio (1). Pero por más cierto lo tendríamos si tú nos lo escribieses. Aunque por ventura no osas, por el falso alegrón que por otra carta nos diste. Pero, amigo Planco, así como te pudiste entonces engañar (porque ¿quién puede acertarlo todo?), así también entiende todo el mundo que no has podido ser de ellos engañado. Pero ahora ya no tienes ocasión de errar. Pues sabes que es dicho vulgar, *que no es de hombre discreto tropezar dos veces en una misma piedra*. Y si lo que á tu colega le escribiste es verdad, no tenemos de qué tener cuidado, aunque no estaremos sin él hasta que tú nos escribas ser ello así verdad. Lo

(1) Así lo escribió, en efecto, Decio Bruto á Cicerón.

que yo de esto entiendo (como ya muchas veces te he escrito) es que el que arruinare los relieves de esta guerra éste será el que la concluirá; el cual deseo que seas tú y lo confío así que lo has de ser. De que la afición que yo en lo que á tí te toco nuestro, que es la mayor que es posible, te dé tanto contento cuanto yo siempre he tenido por cierto te daría, no me maravillo, sino que me alegro en extremo. Aunque si de ahí saliéremos con bien, verás por la obra cuánto mayor será y de más importancia. Dada á los 29 de mayo.

XXI.

PLANCO Á CICERÓN.

Año 710.

Realmente que me correría de la poca firmeza de mis cartas, si no dependiese de la ajena liviandad. Yo he procurado por todos los medios posibles de resistir á estas cosas perdidas con muy poca pena y cuidado vuestro, confederándome con Lépido en el defender la libertad. Le he ofrecido todo lo que me ha pedido y aun de mi propia voluntad le he prometido toda cosa; y te escribí dos días ha que tenía buena esperanza de que Lépido nos seria favorable y que los dos, de conformidad de voluntades, administraríamos esta guerra. Dí crédito á una carta escrita de su mano y á la palabra de Laterense, que entonces estaba conmigo y rogábame que volviese en amistad con Lépido y me fiase de él. Pero él no nos ha dado lugar de que mucho tiempo tuviésemos de él buena esperanza. De lo que yo me he guardado y me guardará

siempre es de no perjudicar la suma de la República, dando ligeramente á nadie crédito. Habiendo hecho una puente en Isara en espacio de un día, y pasado por ella mi campo, poniendo la diligencia que la grandeza del negocio requería, por haberme pedido Lépido por su carta que fuese; me envió un criado suyo con una carta, en que me decía que no fuese, porque él por sí mismo podría concluir el negocio, y que entre tanto le esperase en Isara. Pero decirte he mi temeraria determinación: con todo eso determiné de ir, creyendo que Lépido lo hacía por quererse él solo ganar la honra. Porque hacía cuenta que no había para qué querer participar de la honra de un hombre que tan flaco estaba en ella, pero que convenía estar cerca de allí para poderle socorrer de presto si acaso le fuese mal en su empresa. Esto sospechaba yo como hombre no nada doblado. Pero Laterense, como hombre de mucha bondad, me escribió una carta de su propia mano, y por ella me envió á decir como tenía ya perdida la confianza de su propia vida y de la fidelidad del ejército, y asimismo de la de Lépido; y quejándose de la falta que le había hecho Lépido, me encargaba abiertamente que mirase por mí no me engañasen, que en la palabra que á él le había dado Lépido no había ya firmeza ni seguridad alguna y que procurase yo de no faltar á la República. Un traslado de esta carta escrita de mano de Laterense envió con Ticio. Los mismos originales, á quien di crédito y á quien me pareció no darlo, cuando vaya allá Levo Cispio, que se ha hallado presente en todo esto, se los daré que los lleve. Acaeció también que estando Lépido haciendo un razonamiento á sus soldados, ellos, que de suyo estaban muy gastados y demás de esto sobornados por los que tienen cargos, Canidios, Rufrenos y los demás que cuando sea me-

nester ya os diremos quién son, alzaron los hombres de bien un gran alarido diciendo que ellos querían paz y que no alzarían espada contra nadie viendo ambos los cónsules muertos, personas de tanto valer, y habiendo perecido tantos ciudadanos por la patria, y, finalmente, viéndolos á todos dados por rebeldes y confiscadas sus haciendas. Este atrevimiento ni Lépidó lo castigó ni lo corrigió. Parecióme que era locura y muy grande temeridad ir allá y poner en peligro, contra dos ejércitos unidos (1), un ejército tan fiel como éste y tantos socorros y los principales de Francia y, finalmente, toda la provincia, porque si yo allí pereciera y juntamente conmigo arruinara la República, no solamente después de muerto no mereciera yo honra ninguna, pero ni aun que nadie tuviera compasión ni lástima de mí. Y así hago cuenta de retirarme y no consentir que á gente tan perdida les crezcan tanto las fuerzas. Yo tendré mi campo en puestos convenientes, y defenderé la provincia y procuraré de conservarlo todo en salvo, aunque el ejército de Lépidó nos haga traición, hasta que enviéis ejércitos acá y tengáis aquí tan venturoso suceso como en Módena. Ninguno habrá más aparejado que yo para pelear por vosotros si fuere menester y para padecer cerco si me obligara la necesidad, y aun para morir en la demanda si así lo quisiere la desgracia. Y así te encargo, amigo Cicerón, que des orden como luégo venga aquí ejército con mucha presteza antes que los enemigos cobren más fuerzas y los nuestros vengan á desmayar. Porque si en esto se pone diligencia, la República, derribados y arruinados los bellacos, perseverará en la posesión de la victoria. Ten cuenta con tu salud y con querérme mucho.

(1) Los de Marco Antonio y Lépidó.

No me parece que hay necesidad de excusar por carta á mi hermano, que es muy valeroso ciudadano y aparejado para ponerse á todo riesgo, porque del mucho cansancio y trabajo ha dado en una calenturilla continua que lo pone en harta fatiga. En poder ponerse en camino, luego volará allá, por no hacer en ninguna cosa falta á la República. Por me hacer merced, que tengas cuenta con volver por mi honra; porque no tengo para qué desear cosa ninguna; pues te tengo por tan aficionado amigo mío y puesto en tanta autoridad cuanta yo he siempre deseado que tuvieses. A tu cargo quedará el ver cuánta merced me querrás hacer y cuándo. Solamente te ruego que hagas que yo sea nombrado en lugar de Hircio, porque se vea más á la clara el amor que tú á mí me tienes y el respeto con que yo me trato contigo.

XXII.

CICERÓN Á PLANCO.

Año 710.

Toda nuestra esperanza, con el favor de Dios, la tenemos puesta en tí y en tu colega (1). Y el Senado, con toda la ciudad, se ha alegrado extrañamente con la conformidad de voluntades que habéis mostrado por vuestras cartas. Cuanto á lo que me habías escrito del repartimiento de los términos (2), si sobre

(1) Decio Bruto. No habia, en efecto, más esperanza habiéndose negado Octavio á perseguir á Antonio atendiendo más á sus propios intereses que á los de la República.

(2) Del reparto de tierras á los veteranos que servían á las ór-

ella sé hubiera tenido senado, yo me hubiera conformado con el que más honrosamente hubiera decretado en tu favor, el cual hubiera yo sido realmente. Pero por la gran pereza que los senadores muestran en decir sus pareceres y por la dilación de los negocios, viendo que de ninguna cosa de las que se ponían en consulta se levantaba resolución, á mí y á tu hermano Planco nos pareció usar de un medio en el cual quién nos puso estorbo para no salir con nuestro intento como queríamos, ya creo lo habrás entendido por carta de tu hermano Planco. Pero si ó en las ordenaciones que el Senado hace ó en las demás cosas hallas alguna cortedad, ten esto por cierto: que todos los buenos te tienen tanta afición que ninguna manera de autoridad muy honrosa se puede pensar que no esté aparejada para dársete. Yo aguardo con mucho deseo tu carta, y tal, cual en extremo deseo. Ten salud.

XXIII.

PLANCO Á CICERÓN.

Año 710.

Jamás en verdad me arrepentiré, amigo Cicerón, de ponerme por el bien y libertad de la patria en muy graves peligros, solamente no puedan notarme de hombre arriscado, si acaso alguna desgracia sucediere. Yo confesaría que erré como indiscreto si jamás

denes de Antonio y le abandonaron. Parece que Bruto y Planco le indicaban esta prerrogativa

de mi propia voluntad hubiera dado crédito á Lépido (1). Porque la facilidad en el dar crédito más es necesidad que culpa, y es una manera de necesidad que fácilmente cae en el ánimo de los más hombres de bien. Pero á mí no me trajo á riesgo de perderme esta falta, porque muy bien sabía yo quién era Lépido. ¿Qué es, pues, lo que me puso en ese riesgo? La vergüenza, que en la guerra es una cosa muy peligrosa, me forzó á ponerme en esta aventura. Porque si yo me hubiera estado quedo en mi puesto, temía que daría que murmurar á la gente maliciosa, diciendo que yo era muy arrimado á los enojos que tenía con Lépido y que quería entretener la guerra con mi tan gran pereza y flema. Y así llegué con mi campo casi á vista de Lépido y Antonio, y dejando en medio trece leguas y una milla, hice alto con propósito de ó acudir de presto al socorro de Lépido ó retirarme sin perjuicio. Tuve también esta cuenta en el tomar del puesto: que me puse de por medio el río, para que si viniesen contra mí tardasen en el paso, y también procuré de asegurarme de los Voconcios para poderme retirar por su tierra con seguridad. Lépido, desconfiado ya de mi ida, la cual él aguardaba con mucho deseo, se juntó con Antonio á los 29 de mayo, y ambos á dos el mismo día levantaron su campo y comenzaron de marchar contra mí. Estando ya á seis leguas y dos millas de mi campo, tuve aviso de ello. Y procuré, con particular favor y merced de Dios, de retirarme de presto, de tal manera que en este mi retirar no diese muestra ninguna de huída, sin perder ni soldado ni hombre de armas ninguno ni parte ninguna del bagaje, y sin dar lugar á que cosa mía viniese á mano de aquellos coléricos ladrones. Y así á los 4 de ju-

(1) Porque creyó en él por la garantía de Laterense.

nio (1) pasé con todo mi campo el río Isara, y quebré las puentes que había hecho, para que las gentes tuviesen lugar de retirarse y yo entre tanto pudiese juntarme con mi colega, al cual estaba aguardando para dentro de tres días después de la data de esta carta. De nuestro amigo Laterense siempre confesaré que tiene singular fidelidad y amor á la República. Pero realmente que la demasiada afición que él le tenía á Lépido le ha hecho ser no muy sagaz para considerar estos peligros. Y así, viéndose engañado, quiso matarse con sus propias manos, las cuales con mayor razón las había de volver contra Lépido. Aunque me dicen que de la herida que se dió, como le fueron á la mano, no ha muerto aún y creen que escapará (2). Mas no tengo de ello nueva cierta. Pero yo me libré de las manos de los salteadores con gran disgusto de ellos. Porque venían contra mí con no menor ira y saña que contra la misma patria. Las causas que tenían frescas de estar airados contra mí eran estas: el ver la diligencia que yo había puesto en encarregar y reprender á Lépido para que matase el fuego de esta guerra; el haberme parecido mal que hubiese venido en habla con los rebeldes; el no haber permitido que me pareciesen delante los embajadores que Lépido me enviaba debajo de su palabra; el haber yo detenido á Cayo Cacio Vestino, tribuno de soldados, el cual lo enviaba Antonio con cartas para Lépido. Pero lo que más gusto me da en esto es ver que tanto mayor pena les ha dado el haber quedado del agalla, cuanto mayor era el fervor con que ellos venían contra mí. Tú, amigo Cicerón, haz lo mismo que

(1) Al día siguiente de anunciar Lépido al Senado la insurrección de su ejército.

(2) Murió á consecuencia de ella.

Hasta aquí has hecho, que es honrar y favorecer con toda afición y diligencia á los que estamos con las armas en la mano. Procura que venga César con el poder y ejército que tiene, que es muy valeroso (1), ó si él tuviere algún impedimento, que envíe aquí su campo, pues también le va á él en esto su parte como á los demás. Porque toda la gente ruin y rebelde que había en el ejército contra la patria, ya toda se ha juntado y hecho un cuerpo. Pues en defensa de la ciudad, ¿por qué también no nos valdremos nosotros de todo el poder y fuerzas que tenemos? Porque si vosotros desde ahí no nos faltáades, yo cierto (por la parte que á mí me toca) muy cumplidamente haré mi deber en servicio de la República. Yo realmente, amigo Cicerón, cada día te cobro mayor afición, y las buenas obras que tú me haces me obligan de cada día más á andar muy desvelado por no perder algo del amor que me tienes y de la buena reputación en que me tienes. Deseo ya tener manera para hacer que, en presencia con mis servicios como de hijo á padre, te den muy mayor gusto las buenas obras y mercedes que me has hecho. Ten salud. Dada á los 6 de junio de Cularona (2) en tierra de Saboya.

(1) César Octavio fué, en efecto, mas para hacer lo contrario que deseaba Planco en este momento.

(2) Grenoble.

XXIV.

PLANCO Á CICERÓN.

Año 710.

No puedo dejar de darte las gracias por cada cosa y merced que me haces. Aunque realmente que me corro de ello. Porque una tan estrecha amistad como la que tú has tenido por bien que hubiese entre nosotros no parece que tiene necesidad de estos cumplimientos. Y yo, muy contra mi voluntad, correspondo á tantas mercedes como tú me haces con un tan vil servicio como es el cumplimiento de palabras, y deseo más que tú me tengas por hombre que tengo en memoria las mercedes que recibo, viendo por experiencia el respeto y afición y la continua voluntad que nuestro en tu servicio. Y si Dios me da vida, yo me señalaré más en el tenerte respeto, afición y continua voluntad, que se han señalado los más aficionados amigos, y aun los hijos de respeto. Porque no te sabría decir si será mayor la honra que me acarreará para siempre el amor que me tienes y la buena opinión que tienes de mí, ó si es mayor el contento que yo de ello recibo cada día. Mucha cuenta has tenido con el bien de mis soldados, á los cuales yo deseé que el Senado les hiciese alguna honra, no en verdad por acrecentar mi autoridad ni poder (porque bien satisfecho estoy de mí que no deseo cosa ninguna perjudicial á la República), sino primeramente porque los tenía por hombres que lo merecían; demás de esto porque deseaba que para todo lo que se ofreciese estu-

viesen favorables y aficionados á la República, y, finalmente, para que, quedando ellos libres de todo peligro de soborno, os los pudiese yo mostrar tales en vuestro servicio cuales han sido hasta aquí.

Aquí hasta ahora todo lo tenemos en pie. Y confío que tendréis por buena esta nuestra determinación, aunque entiendo con cuánta razón desean todos la victoria de esta guerra. Porque si en estos nuestros ejércitos sucediese alguna quiebra, no tiene la República apercebidos grandes socorros con que poder resistir á la repentina furia y robos de estos salteadores. El número de soldados que nosotros tenemos bien creo lo tienes entendido. En mi campo hay tres legiones de soldados viejos y una de bisoños, la más escogida de todas. En el campo de Bruto hay una legión de soldados viejos y otra de soldados de dos años de milicia y ocho de gente bisoña. De manera que todo nuestro ejército en el número es harto grande, pero en la firmeza y valor es harto pequeño. Porque ya hartas veces habemos visto por la experiencia lo poco que hay que fiar en gente bisoña. Si con la fuerza de estos nuestros ejércitos se hubiese juntado el poder del ejército de África, que es de soldados viejos (1), ó el de César, de buena voluntad pondríamos todo el negocio en aventura. Bien vemos que el ejército de César está más á la mano. Yo no he dejado de encargárselo por carta, y él siempre me ha respondido que sin falta ni dilación ninguna marchaba ya, y por otra parte veo que él ha vuelto espaldas á esta determinación para tratar de otros intentos (2). Pero con todo eso yo le he enviado por mensajero á nuestro amigo Furnio

(1) El ejército con que César derrotó á los restos del de Pompeyo y que ahora mandaba Q. Cornificio.

(2) Negociaba, en efecto, ponerse de acuerdo con Marco Antonio y Lépido.

con cartas y cosas que le diga de palabra por si podría algo aprovechar. Ya sabes tú, amigo Cicerón, que en lo que toca á tener amor á César te hago compañía, pues en vida de César, por el amistad que yo con él tenía, me era forzado ampararlo y amarlo; y también porque el mancebo (á lo que yo de él podía colegir) era muy comedido y muy humano; y, finalmente, porque habiendo sido tan grande el amistad que entre César y mí había habido, y habiéndole él tomado á éste en lugar de hijo de parecer suyo y vuestro, me parecía á mí que no me estaría bien no tenerlo yo en la misma cuenta. Y así esto que te escribo, más lo escribo realmente de sentimiento que tengo de ello que de ninguna mala voluntad. Pero si hoy es vivo Antonio, si tiene hecha liga con Lépido, si tienen ejércitos que no son de tener en poco, si tienen alguna esperanza, si osan emprender algo, de todo esto tiene César la culpa y á él solo se lo pueden agradecer. No quiero tratar nada de lo pasado. Pero si después que él á mí me envió á decir que ya venía hubiera querido venir, ó ya fuera la guerra concluída, ó los habríamos arrinconado en España, donde ellos son muy aborrecidos, con muy gran daño y perjuicio de ellos (1). Yo no puedo entender qué propósito ó cuyos consejos le han hecho retirarse de cosa donde tanta honra podía ganar y en que tanto le iba, por pretender un consulado de dos meses con gran terror de las gentes y con una tan importuna y desabrida manera de pedirlo. En esto me parece á mí que podrían hacer mucho sus amigos, así por lo que á la República le importa, como también por lo que á él mismo le va; y si no me engaño, tú también puedes

(1) Asinio Polión mandaba todavía un ejército importante en España, y era aún favorable á la República.

hacer mucho, pues te debe tales y tan buenas obras cuantas ningún otro te debe sino yo. Porque jamás me olvidaré de las muchas y grandes mercedes que me has hecho. Yo le he dado cargo á Furnio que trate con él largamente todo esto. Y si yo con él tuviere el autoridad que es justo que tenga, entiendo que le valdré mucho. Aquí en este medio nosotros sustentamos la guerra con harta dificultad, porque no tenemos por cosa acertada el darle la batalla, ni tampoco habemos de permitir que, retirándonos, venga la República á recibir algún grave perjuicio. Pero si ó César mirare por lo que le cumple, ó las legiones de África vinieren acá de presto, por esta parte os aseguraremos. Ruégote que me ames, como siempre lo has hecho, y que tengas por cierto que de veras y sin doblez ninguna soy todo de tu servicio. Dada á los 28 de julio, en el campo.

XXV.

CICERÓN A FURNIO.

Año 710.

Si (como todo el mundo tiene por cierto) es cosa tocante al bien de la República que tú emplees tus fuerzas en estos negocios, como hasta aquí lo has emprendido y hecho, y que te emplees en cosas de tanto tomo é importancia como es el acabar de matar lo que resta del fuego de esta guerra, paréceme á mí que no puedes hacer cosa que sea mejor ni más digna de alabanza, ni tampoco más honrosa; y así me parece que debes preferir la diligencia, fatiga y volun-

tad que en favor de la República muestras, á la elección de ser de presto nombrado por pretor (1). Porque querría que entendieses la mucha honra que has ganado, que te certifico que después de Planco no la ha ganado otro mayor, y esto por relación del mismo Planco, y también por fama y cierta noticia de todos. Por esto, si algo te resta aún en esto que hacer, páreceme que sobre todo debes procurar de darle fin y remate. Porque ¿qué otra cosa puedes tú hacer en que ganes mayor honra? ¿y qué cosa se ha de preferir á negocio tan honroso? Pero si te parece que has cumplido ya con la República, páreceme que te des prisa en venir á las elecciones, las cuales serán presto, pero con tal que esta apresurada ambición no desdore algo la honra que hasta aquí habemos ganado. Muchos varones muy esclarecidos, por entender en las cosas tocantes á la República, dejaron de pretender en su propio año. Y esto puedeslo hacer más fácilmente por cuanto tú no estás señalado para pretender este año; de manera que si fueras este año fiel (2), de aquí á dos años venía tu pretensión. Y así, ahora no parecerá que dejas cosa ninguna del usado y legítimo tiempo para pretender. También me parece que siendo Planco cónsul, aunque sin su favor tendrías tus cosas muy fáciles y llanas, con todo eso será tu pretensión muy más ilustre si esos negocios se concluyen como deseamos. No me parecía cosa necesaria escribirte tan largo, especialmente á un hombre como tú, de tanto consejo y juicio. Pero con todo eso quise que entendieses mi parecer, el cual es este en

(1) Como teniente de Planco, tenía Furnio parte en la gloria de este general, y deseaba ser pretor cuando Planco tomara posesión del consulado.

(2) Furnio no había sido edil, cargo que era preciso desempeñar antes de ser pretor,

resolución: que querría más que midieses todas tus cosas con tu dignidad y valor que con tu ambición, y que fundes más provecho en la perpetua alabanza que en la presteza de la pretura. Esto mismo dije en mi casa en presencia de mi hermano Quinto, de Cecina y de Calvisio, personas muy aficionadas á ti, estando también delante tu liberto Dárdano. A todos parecía que les cuadraba bien mi parecer. Pero tú lo sabrás juzgar mejor que otro ninguno. Ten salud.

XXVI.

CICERÓN Á FURNIO.

Año 710.

Cuando leí tu carta, por la cual decías que ó se había de poner el pie en el negocio de los Narbonenses, ó venir á las manos con gran riesgo, temí más lo que huelgo se haya evitado. Quanto á lo que escribes de la concordia de Planco y Bruto, yo fundo en ella la mayor esperanza de la victoria. En lo que toca á la afición de los Franceses (1), algún día sabremos (como tú escribes) por cuya industria se ha ganado más particularmente. Pero créeme, que ya lo habemos entendido. Y así me he enojado un poco con lo que escribes al fin de tu muy apreciable carta. Porque escribes que si las elecciones se dilataran para agosto, serás aquí muy presto; y si ya fueren hechas, más presto, por no ser tanto tiempo neçio tan á tu peligro. ¡Oh

(1) Los Galos de la Galia transalpina, que era la comarca gobernada por Planco.

amigo Furnio, cuán mal entiendes tu propio negocio, con entender tan fácilmente los de los otros! Tú te tienes ahora por pretendiente, y en eso piensas de acudir á las elecciones, ó si ya estuvieren hechas, estarte quedo en casa; por no ser (según escribes) muy necio tan á costa de tu peligro. No creo lo entiendes así; pues conozco qué brios y aceros tienes, para las cosas de honor. Y si como lo escribes lo sientes, tanto como reprendo á tí, reprendo el juicio que de tí tengo yo hecho. ¿Que es posible que el apresurado deseo de alcanzar un cargo público de muy poco momento y muy vulgar, si lo alcanzares por la vía ordinaria de los otros, te ha de hacer dejar una empresa de tanta honra y alabanza, con que todo el mundo con mucha razón y verdad te tiene encumbrado allá en los cielos? ¿Vate mucho por ventura en ser electo por pretor en esta elección, ó en la siguiente? ¿no te va más en hacer tales obras por amor de la República, que todos te juzguen por digno de cualquier cargo muy honroso? ¿Ignoras por ventura en cuán alto grado estás puesto? ¿ó estímaslo en poco? Si lo ignoras, yo te lo perdono á tí, y me doy la culpa á mí. Pero si lo entiendes, ¿qué pretura has de preciar tú tanto como el hacer tu deber, que es cosa rara y de pocos, ó el alcanzar gloria y fama, que es lo que lleva tras sí á todo el mundo? De esto te reprendemos cada día yo y Calvisio, que es hombre de muy grave juicio y que te quiere mucho. Con todo eso, pues pendes de las elecciones, las dilatamos con todas nuestras fuerzas hasta el mes de enero, porque nos parece por muchas razones que es cosa que conviene á la República. Ten, pues, victoria y salud.

XXVII.

CICERÓN A LÉPIDO.

Año 710.

Por tener yo mucho cuidado de que tu honra y dignidad esté en su punto, por razón del grande amor y voluntad que te tengo, he sentido en el alma que no le hayas dado las gracias al Senado, por razón de la grande honra que te ha hecho. Huélgome de verte aficionado á tratar de paz entre los ciudadanos. Pero si esa paz fuere de manera que no sea una disfrazada servidumbre, harás lo que conviene á la República y á tu dignidad. Pero si esa paz ha de ser de manera que vuelva á su poder é insufrible señorío ese hombre perdido (1), yo te hago saber que todos los que buen seso tienen, están determinados de morir antes que servir. Y así (á mi parecer) harás más cuerdamente en no entremeterte en esa pacificación, que ni le parece bien al Senado, ni al pueblo, ni á ningún bueno. Lo cual, ó lo entenderás de otros, ó lo sabrás por cartas. Tú, conforme á tu prudencia, verás lo que más te convendrá.

(1) Marco Antonio.

XXVIII.

CICERÓN Á TREBONIO.

Año 710.

¡Oh cuánto quisiera que me hubiérades convidado á aquel honroso banquete á los 15 de marzo! que no hubieran quedado de ninguna manera relieves. Con los cuales tenemos ahora tanto en qué entender, que da ocasión de tener alguna queja de aquella vuestra buena obra tan divina que hicistes en favor de la República. Y por haberlo tú por tu bondad retirado, y tener la vida por favor tuyo esta pestilencia, aunque no es justo, tengo contra tí alguna cólera. Porque me dejaste que hacer á mí solo más que á todos los demás. Porque después que la infame huída de Antonio dió lugar para poder juntar senado libremente, volvíme á aquel mi antiguo propósito que tú y tu padre, persona de mucho valor, solíades siempre alabar y preciar mucho. Porque cuando los tribunos del pueblo juntaron senado á los 20 de diciembre, aunque propusieron otras cosas, yo abracé toda la República, y traté el negocio con mucho valor, y con estar ya el Senado flaco y cansado, lo reduje á su antiguo valor y á su esfuerzo acostumbrado, más confiado de las fuerzas de mi ánimo, que de las de mi habilidad. Este día y este mi esfuerzo y oración fué lo primero que le dió esperanza al pueblo romano para poder cobrar su libertad. Y después acá no he dejado pasar ocasión ninguna, no sólo para pensar, sino también para tratar lo que tocase á la República. Y si

no entendiésemos que todas las nuevas de la ciudad y todos los actos públicos llegaran á tu noticia, todo te lo escribiría, aunque me tienen ocupado muchas cosas; pero todo ello lo entenderás de otros; yo te escribiré poco y en suma. Tenemos un senado muy valeroso; los consulares, de ellos cobardes, y de ellos estragados. La muerte de Servio nos ha venido muy mal (1). Lucio César muy buenos pareceres dice; pero como es tío (2) no los fuerza mucho. Los cónsules son personas de mucho valor: Décimo Bruto, persona de mucha calidad: César, muy esclarecido mozo, de quien tengo muy buena esperanza en todo lo demás. Esto tengo por cierto: que si él de presto no hubiera juntado ejército de soldados viejos, y si dos legiones del ejército de Antonio no se hubieran pasado á su bandera, y esto no le hubiera puesto gran terror á Antonio, no hubiera dejado Antonio ejecutar todo género de maldad y crueldad. Todo esto, aunque entiendo tienes de ello noticia, con todo eso quise lo tuvieses más por cierto. Cuando estuviere más desocupado, te escribiré más largamente. Ten salud.

(1) Servio Sulpicio fué uno de los tres diputados que el Senado envió á Marco Antonio, y que murió poco tiempo después de llegar junto á Módena. Los otros dos volvieron á Roma con proposiciones inaceptables de parte de Antonio.

(2) Era tío de Marco Antonio.

XXIX.

GALBA (1) A CICERÓN.

Año 710.

Á los 15 de abril, que era el día en que Pansa había de llegar al campo de Hircio, con el cual venía yo (por cuanto lo había salido á recibir cien millas adelante, porque viniese más presto), sacó Antonio dos legiones, la segunda y la treinta y cinco, y dos compañías de la guarda, una suya y otra de Silano (2), con parte de los llamados. Y con todo esto nos salió al camino, creyendo que no traíamos más de cuatro legiones de gente bisoña. Pero habíamos enviado Hircio de noche la legión Marcia, de quien yo solía tener cargo, y dos compañías de la guarda, para que pudiésemos llegar al campo con mayor seguridad. Así como comenzó á descubrirse la caballería de Antonio, no se pudo detener la legión Marcia, ni las compañías de la guarda; y así, por no poderlas detener, constreñidos de necesidad comenzamos de seguir las. Antonio estaba con su campo en el pueblo llamado Foro de Galos (3), y no quería que se entendiese que tenía legiones; solamente hacía muestra de la caballería é infan-

(1) Servio Sulpicio Galba fué teniente de César en la Galia. El despecho porque César le negó el consulado le hizo entrar en la conspiración de Bruto y Casio. Marco Antonio le censuraba haber llevado al campo de los enemigos de César el mismo puñal de que se valió para asesinarle.

(2) M. Julio Silano, antiguo teniente de César en la Galia.

(3) Ahora Castel-Franco.

terfa ligera. Después que Pansa vió que á su pesar marchaba la legión Marcia, mandó que lo siguiesen las dos legiones de bisoños. En haber pasado el mal paso de la laguna y de los bosques, ordenamos nuestro ejército de doce compañías. Aun no habían llegado las dos legiones, cuando Antonio repentinamente sacó su gente del pueblo y la puso en orden, y con gran presteza nos presentó la batalla. Á los principios se trabó la batalla por ámbas partes con tanto fervor, que hasta allí podía llegar. Pero nuestra parte derecha, en la cual estaba yo con ocho compañías de la legión Marcia, al primer encuentro había hecho huir á la legión treinta y cinco de Antonio, tanto que pasamos adelante de nuestro sitio más de quinientos pasos. Queriendo, pues, la caballería rodear nuestro escuadrón, comencé de retirarme y poner la infantería ligera por reparo contra la caballería Mora, porque no hiriesen en los nuestros por las espaldas. En esto halléme que estaba entre los Antonianos, y que Antonio estaba no lejos de mis espaldas. Y así dí de espuelas al caballo hacia la legión de bisoños que venía del campo, echado el escudo á las espaldas. Los Antonianos comenzaron de ir en mi seguimiento; y los nuestros á querer arrojarme los dardos. Escapéme con gran ventura, porque los nuestros me conocieron luego. En la misma vía Emilia, donde estaba la compañía de la guarda de César, duró mucho la batalla. La parte que estaba más á la izquierda, donde había dos compañías de la legión Marcia y la compañía de la guarda, comenzaron de retirarse, porque los rodeaba la caballería, de que Antonio está más apercebido. Habiéndose, pues, retirado todas nuestras órdenes, comencé yo también de retirarme el postrero hacia nuestro fuerte. Antonio, como victorioso, pensó que podría tomar el fuerte. Y cuando llegó allí, perdió

muchos soldados, y no hizo cosa alguna. Sabida esta nueva, Hircio salióle al encuentro con veinte compañías de soldados viejos á Antonio, que se volvía á su fuerte, y le deshizo y arruinó todo su campo, y le hizo huir en el propio puesto donde había sido la batalla junto á Foro de Galos. Antonio á las diez de la noche se fué con su caballería á su fuerte de Módena. Hircio se volvió al mismo fuerte de do Pansa había salido y dejado allí dos legiones, las cuales Antonio había combatido. De esta manera ha perdido Antonio la mayor parte de su ejército de soldados viejos; aunque no sin algún daño de nuestras compañías de la guarda y de la legión Marcia. Ganáronse del ejército de Antonio dos águilas y sesenta banderas. El negocio ha sucedido bien. Dada en el campo á los 20 de abril (1). Ten salud.

XXX.

CAYO ASINIO POLIÓN Á CICERÓN.

Año 710.

No te has de maravillar de que después que el negocio ha venido en rompimiento no te haya escrito cosa alguna tocante á la República. Porque la Sierra Morena (2), que siempre ha detenido mis correos, aunque ahora se ha hecho peor con la mucha abun-

(1) Manucio supone que sería el 15 de abril, porque si Galba hubiera escrito el 20, cuatro días después de la batalla, le hubiese dicho á Cicerón las heridas de Pansa y su traslación á Bolonia.

(2) Salto, ó Sierra Castulonense, es la parte de Sierra Morena que se pasa para venir de Cazlona á Almadén, etc. Flórez, *España sagrada*, tomo VII, pag. 140.

dancia de salteadores, con todo eso no me lo ha estorbado tanto, cuanto los que por ambos los bandos están puestos en todas las partes para reconocer los mensajeros y hacerlos detener. De manera que si no hubiera recibido cartas por la mar, no tuviera noticia ninguna de lo que por allá pasa. Pero ahora, ofreciéndoseme ocasión, después que ha comenzado de haber navegación, escribirte he muchas veces y con mucha voluntad siempre que pudiere. No hay que temer que me hayan de mover las razones de un hombre que aunque no hay hombre del mundo que le quiera ver, con todo eso no lo aborrecen tanto los hombres cuanto él merece ser aborrecido (1). Porque lo tengo tan sobre ojos, que cualquier manera de trato que haya de tener con él, la tengo por fuerte. Pero mi propia naturaleza y mis deseos me tiran al codiciar la paz y la libertad. Y así lloré muchas veces los principios de la guerra civil. Pero como en ambas partes tenía grandes enemigos, ni podía dejar de ser del uno de los dos bandos, guardéme de estar en aquel campo (2) en que sabía que no podía estar seguro de las traiciones de mi enemigo (3). Forzado, pues, á arrimarme al bando que menos deseaba, determiné de ponerme en peligros por no estar en el mayor de ellos. A César, por haberme puesto en el número de sus mayores amigos, especialmente estando él en tanta prosperidad, y siendo yo recién venido á su amistad, amélo con todo respeto y fide-

(1) Refiérese á Marco Antonio, que decia á todo el mundo que Polión estaba afiliado á su partido. Lo que entonces no era cierto pero lo fué al año siguiente.

(2) Después de la batalla de Farsalia se pasó Polión á César, que le envió á España.

(3) No se sabe si alude á Marco Catón, á quien Polión había acusado, ó á Labieno, que acusó á Polión.

dad. Todo lo que yo pude tratar á mi albedrío, de tal manera lo traté, que á cualquier bueno le pareció bien: lo que hice por mandamiento ajeno lo hice en tal sazón y de tal manera, que se echaba bien de ver que lo mandaban á hombre que venía en esto muy forzado. Y la muy injusta envidia que por aquel hecho me tuvieron, me pudo enseñar bastantemente cuán dulce cosa es la libertad, y cuán miserable cosa es vivir debajo de ajeno mando y señorío. De manera que si eso se torna á pretender ahora, que todo haya de estar debajo del mando y poder de uno, yo desde luego me declaro por su enemigo (1), quienquiera que él sea. Y no hay peligro tan grande á que no me ponga por la libertad. Pero los cónsules, ni por decreto del Senado, ni por sus cartas me dieron aviso de lo que había de hacer. Porque después de los 15 de marzo sola una carta he recibido de Pansa, en la cual me encarga que escriba al Senado que yo y mi campo estaremos obedientes á su mandado. Lo cual, diciéndolo Lépido en sus razonamientos ordinarios, y escribiéndolo así á todos, que él se confederaba con Antonio, fué para mí una cosa muy contraria. Porque ¿con qué bastimentos había yo de marchar con mis legiones por su provincia, á su pesar? Y ya que pasase todas las demás dificultades, ¿cómo podía pasar los Alpes, que todos los tiene él tomados con presidios? Demás de que en ninguna manera ha sido posible enviar carta ninguna (2). Porque en seiscientas partes reconocen los correos, y aun los hacen detener

(1) A pesar de ello se pasó primero al bando de Antonio, y después al de Augusto, teniendo por fin el honor de que le inmortalizara Virgilio.

(2) Lépido gobernaba entonces, no sólo la España citerior, sino también la Galia narbonesa, estorbando el paso á Polión é interceptando sus comunicaciones con Roma.

por orden de Lépido. Pero esto es notorio á todo el mundo: que yo dije en un ayuntamiento general en Córdoba que á ninguno entregaría la provincia sino al que viniese por orden del Senado. Porque cuanto al entregar la legión treinta, no hay para qué escribírte las contiendas que he tenido. La cual entregada, sabe todo el mundo cuánto más flacas me quedarían las fuerzas en servicio de la República. Porque quiero que tengas por cierto que esta legión es de los más valerosos soldados y más valientes. Por tanto, querría me tuvieses en posesión de hombre que sobre todo soy muy aficionado á la paz (porque deseo que todos los ciudadanos estén en sosiego y quietud); y tras de esto, que estoy aparejado para ponerme en libertad á mí y á la República. En tener por tan familiar tuyo á mi amigo, me haces harto mayor placer del que tú piensas. Y con todo eso le tengo envidia de que pasea y trata contigo de donaires. Y si me preguntas cuánto lo estimo eso, verlo has por la obra si algún día tuviéremos ventura de vivir en descanso y quietud: porque no me tengo de apartar de tí jamás un paso. De esto estoy muy maravillado: cómo no me escribiste si le haría más servicio á la República estándome quedo en mi provincia, ó pasando con mi ejército en Italia. Porque yo, aunque entiendo que para mí es cosa más segura y descansada el estarme quedo, con todo eso, porque veo que la República al presente tiene más necesidad de legiones que de provincias mayormente de aquellas que con poco trabajo se pueden tornar á cobrar, estoy determinado, en el estado en que ahora está el negocio, de pasar con mi ejército en Italia. Demás de que por la carta que á Pansa he escrito, entenderás todo lo demás; pues te envío una copia de ella. Dada en Córdoba á los 16 de marzo. Ten salud.

XXXI.

CAYO ASINIO POLIÓN Á CICERÓN.

Año 710.

El tesorero Balbo se me fué de Cádiz con gran suma de dinero y gran cantidad de oro y muy mayor de plata que había juntado de las cobranzas públicas, sin hacer paga á los soldados; y habiéndose detenido en Calpe (1) tres días por las maretas, el 1.º de junio se pasó al reino de Bogud (2), bien herrada su bolsa. Si con estas nuevas (3) se volverá á Cádiz ó se irá á Roma, no sé cosa cierta; porque á cada mensajero muda de parecer con grandísima inconstancia. Pero demás de los hurtos y robos que ha hecho, y hombres que ha azotado, ha hecho también una cosa de que él se suele jactar mucho, diciendo que ha hecho lo mismo que César: que en las fiestas que hizo en Cádiz, á un representante (4) llamado Herennio Galo, en el último día de las fiestas lo armó caballero con darle anillo de oro (5), y lo hizo sentar en las catorce gradas; porque en estas órdenes había él dividido la orden de los caballeros (6). Prorrogóse asimismo el ofi-

(1) Hoy Gibraltar.

(2) Bogud era rey de la Mauritania Tingitana

(3) Las noticias de la guerra contra Antonio.

(4) Un actor ó cómico.

(5) Julio César obligó á Laberio, caballero romano, á representar sus propias comedias, y para indemnizarle de esta degradación le regaló 500.000 pesetas y un anillo de oro.

(6) Roscio Othón hizo aprobar una ley para reservar á los caballeros catorce bancos en el teatro.

cio del regimiento (1): las Cortes de dos años las tuvo en dos días, que fué elegir á los que él quiso (2): alzó el destierro á los desterrados, no solamente á los de este tiempo, sino aun á los de aquel en que los comuneros degollaron ó echaron de la ciudad al Senado, siendo procónsul Sexto Varo. Lo que ahora diré no lo hizo ni aun á ejemplo de César: que hizo representar en las fiestas una comedia pretexta, que representaba la embajada con que él fué al procónsul Lucio Léntulo para atraerlo al bando de César. Y lloró mucho cuando se representaba, enternecido con la memoria de las cosas que allí acaecieron. Y en las fiestas de los gladiadores, á un soldado pompeyano llamado Fadio, porque no quiso pelear por su mandado, por haber ya peleado dos veces sin ningún premio, y se acogió al pueblo, primeramente hizo que diese una banda de hombres de armas Franceses en el pueblo (porque le habían tirado piedras cuando iban á prender á Fadio); después tomó á Fadio por fuerza, y lo enterró hasta en medio del cuerpo en la misma fiesta, y allí lo hizo quemar vivo (3), paseándose él entre tanto bien comido, con los pies descalzos y el sayo suelto, vueltas las manos para atrás; y al pobre Fadio, que sólo se defendía con decir: *Ciudadano romano soy*, respondiéndole: *Vete ahora y pide favor al pueblo*. Condenó también á echar á las bestias á ciudadanos romanos, y particularmente en Sevilla á uno que solía pregonar por las calles las almonedas, hombre muy conocido, no por otra razón más de porque era feo de rostro. Con semejante monstruo he tenido en qué en-

(1) Era el primer cargo en los municipios, como el de cónsul en Roma.

(2) Como había hecho César.

(3) Suplicio usado entre los Cartagineses.

tender. Pero de él trataré más largamente cara á cara. Lo que más ahora importa es que veáis qué queréis que haga. Tres legiones tengo muy bien apercebidas, de las cuales una, que es la veintiocho, al principio de la guerra la envié á sobornar Antonio, prometiéndoles á quinientos reales por soldado para el día que llegasen á su campo, y que habida la victoria les daría el mismo premio que á sus legiones (en lo cual ¿quién entiende que podrá haber fin ni tasa alguna?); y así tuve hartó que hacer en hacerla detener, tanto estaba de alterada; ni aun fuera posible detenerla, si toda estuviera junta en un lugar, pues aun algunas compañías se me amotinaron. Las otras dos legiones no ha parado de inducir las por cartas y con infinitas ofertas. Tampoco ha dejado Lépido de fatigarme con sus cartas y de Antonio, que le enviase la legión treinta. Por tanto, pues veis que por ningunos premios he querido vender este ejército, ni disminuirlo por temor de los peligros que se esperaban si ellos alcanzaban la victoria, habéis de tener por cierto que lo he detenido y conservado para servicio de la República, y creer que hubiera hecho todo lo que me hubierades mandado, pues he hecho lo que me mandasteis. Porque yo he tenido la provincia quieta y el ejército á mi mano, y no he salido un paso de los límites de mi provincia: soldado ninguno, no solamente de los que están debajo bandera, pero ni aun de los de la gente de socorro, no lo he enviado á parte ninguna, y si algunos hombres de armas he hallado desmandados, los he castigado. De todo lo cual me tendré por bien pagado y satisfecho, si viere en salvo la República. La cual, si bien conociera mi ánimo, y la mayor parte del Senado, hubiera recibido de mí mayores servicios. La carta que le escribí á Balbo estándose aún en la provincia te envío para que la

icas. La comedia pretexta (1), si leerla quisieres, pediría has á Cornelio Galo (2), mi amigo. De Córdoba, á los 8 de junio. Ten salud.

XXXII.

POLIÓN Á CICERÓN.

Año 710.

Si estás con salud, huelgo de ello: yo salud tengo. Lépido ha sido la causa de que yo supiese tan tarde el suceso de las dos batallas de Módena, por haberme detenido nueve días mis correos; aunque una desventura tan grande de la República débese desear el oirla muy tarde; pero eso es para los que ni le pueden aprovechar ni dar remedio. Pluguiera á Dios que con el mismo decreto del Senado con que enviastes á mandar á Lépido y á Planco que pasasen en Italia, me hubiérades llamado á mí también. No hubiera realmente recibido la República tanto daño. Con el cual los que al presente se huelgan, por ver que han perecido los capitanes y soldados viejos de la parte de César, con todo eso de necesidad de aquí á poco les ha de pesar, cuando vieren la perdición y soledad de Italia. Porque ha perecido la fuerza y sucesión de la guerra, si en alguna manera es verdad lo que se

(1) Pretexta llamaban los Romanos á la tragedia, porque siendo el género elevado, los actores vestían para representarla toga blanca con cenefa de púrpura, que era la toga pretexta usada por los magistrados en las ceremonias públicas.

(2) Cornelio Galo, poeta, amigo de Augusto, á quien Virgilio dedica su égloga décima.

cuenta. Y bien veía yo cuán gran servicio le podía hacer á la República viéndome con Lépido; porque hubiera sacudido de él toda perplejidad, especialmente con el favor de Planco. Pero escribiéndome él las cartas que podrás leer, semejantes á las razones que en público se dice haber él dicho en Narbona, por fuerza había yo de complacerle, si quería tener bastimento marchando por su provincia. Demás de esto, temía que si la batalla se daba antes que yo saliese con mi empresa, mis émulos interpretarían á otro fin mi pía determinación, por el amistad que yo he tenido con Antonio, aunque no ha sido mayor que la que ha tenido Planco. Y así, enviados desde Cádiz por el mes de abril dos correos en dos navíos, te escribí á tí y á los cónsules y á Octaviano que me avisádes en qué podía yo hacer mayor servicio á la República. Pero conforme á la cuenta que yo echo, el mismo día que las naves partieron de Cádiz dió Pansa la batalla. Porque después del invierno, hasta aquel día no se había ofrecido ningún pasaje. Y realmente, como estoy tan lejos y tan ajeno de sospecha de guerra civil, tenía mis legiones allá dentro en Portugal en sus alojamientos. Tan de veras se dieron prisa el uno y el otro á venir á las manos, como si ninguna cosa temieran tanto como que se diera un corte á esa guerra sin tan gran detrimento de la República. Pero si necesidad había de apresurarse, yo veo que Hircio en todo se trató como muy prudente capitán. Las nuevas que se me escriben y cuentan de la Francia de Lépido, son estas: que todo el ejército de Pansa ha sido muerto; que Pansa ha muerto de las heridas; que la legión Marcia ha perecido en la misma batalla, y Lucio Fabato, y Cayo Peduceo, y Décimo Carfuleno; que en la batalla de Hircio han muerto la cuarta legión y casi todas las de Antonio; y que

ha muerto también la legión cuarta de Hircio, al tomar el fuerte de Antonio, á manos de la legión quinta; y que allí mismo había también muerto Hircio y Poncio Aquila; y que se decía también que había muerto Octaviano. Lo cual, si (lo que Dios no permita) es verdad, pésame en el alma. Item, que Antonio levantó vilmente el cerco de Módena; pero que tenía cinco mil caballos y tres legiones bien armadas debajo bandera y una de Publio Bagieno y muchos soldados mal armados; que Ventidio se había juntado con él con las legiones séptima, octava y novena; que si en Lépidó no halla alguna esperanza, vendrá al último refugio y hará levantarse no solamente las naciones, pero aun los esciavos (1); que á Parma la habían saqueado; que Lucio Antonio había tomado los pasos de los Alpes. Y si todo esto es verdad, ninguno de nosotros ha de parar ni aguardar decreto del Senado. Porque la necesidad obliga á que acudan á matar un fuego tan grande todos los que desean ver salva la República. De Bruto me dicen que tiene diez y siete compañías y dos legiones de bisoños muy faltas de soldados, que Antonio había hecho. Pero tengo por cierto que todos los que han quedado del ejército de Hircio acudirán á él. Porque en el hacer gente de nuevo yo no pongo mucha esperanza: mayormente pues el mayor peligro de todo es darle lugar á Antonio para poderse rehacer. La manera del tiempo en que estamos me da á mí mayor libertad; porque ya los panes (2) están ó en los campos ó en las alquerías. Y así por la primera carta escribiré mi última resolución. Porque ni quiero fal-

(1) Marco Antonio mandó abrir las prisiones de los esclavos y alistó á los presos en su ejército.

(2) Es decir, cosechado el trigo.

tar á la República ni vivir después de ella muerto. Lo que más pena me da es que sea tan largo y peligroso el camino hasta llegar acá, que al cabo de cuarenta días ó más que las cosas han acaecido, nos llegan acá las nuevas de ellas. Ten salud.

XXXIII.

MARCO LÉPIDO Á CICERÓN.

Año 710.

Si estás con salud, huélgome: yo salud tengo. Así como entendí que Antonio se venía para mí con todo su campo, y que enviaba delante á Lucio Antonio con parte de la caballería, marché con todo mi campo de la parte do el Rone se junta, y determiné de salirles al encuentro. Y así por mis jornadas continuas llegué á un pueblo llamado Foro Voconcio (1), y delante de él asenté mi campo contra los Antonianos junto al Río de la Plata (2). Publio Ventidio ha juntado con él sus tres legiones, y asentado campo de la otra parte del mío. Hasta ahora tenía la egión segunda y gran número de soldados de las demás legiones, pero desarmados. Caballería tiene mucha Porque toda escapó de la batalla sin daño ninguno, de manera que tiene más de treinta mil (3)

(1) Ciudad de la Galia, hoy Vaisón.

(2) Hoy el río de Argens en los Bajos Alpes, en cuya embocadura está Frejus.

(3) El número de treinta mil no se lee en los libros antiguos. Pero lo leyó Abril, y va en casi todos los impresos.

caballos. Hanse pasado á mi campo muchos de sus soldados y gente de á caballo, y de día en día se le va deshaciendo el campo. Silano y Culeón se han apartado de él. Yo, aunque me tenían muy desabrido por haberse pasado á Antonio sin mi orden, con todo eso, por mi natural benignidad y por nuestra amistad, he tenido cuenta con ampararlos. Aunque no los empleo en cosa ninguna, ni los tengo en mi campo, ni me sirvo de ellos en ningún negocio. En lo que á esta guerra toca, yo no faltaré ni al Senado ni á la República. De lo que sucediere te daré aviso largamente. Aunque es verdad que en todo el discurso de nuestra vida siempre habemos ido á porfía cuál á cuál haría más placeres por la mucha familiaridad que ha habido entre nosotros, lo cual ha sido causa de que esta afición se conservase entre nosotros con mucha diligencia; con todo eso, tengo por cierto que en una alteración de República como ésta tan grande y repentina, te habrán contado mis émulos por algunas falsas nuevas algunas cosas de mí, muy ajenas de mis prendas, que te habrán dado mucha pena por el grande amor que tienes á la República (1). Las cuales me han escrito mis procuradores que las has pasado con modestia, y parecióte siempre que no eran cosas para darles crédito así ligeramente; lo cual ha sido para mí (como era razón) una cosa muy gustosa. Acuérdome también de las cosas de atrás, que procedieron de tu amor para lustre y aumento de mi honra; todo lo cual lo tendré yo en mi corazón asentado para siempre. Ruégote, pues, amigo Cicerón, muy encarecidamente, si en toda la vida pasada has visto bien mi manera de vivir y mi afición en el gobernar

(1) Alusión á las noticias sobre la inteligencia de Lépido con Antonio, noticias que eran ciertas.

de la República, como se debe esperar de Lépido, que en lo que me resta de vida confíes de mí lo mismo, y aun cosas más ilustres; y por esta razón huelgues de ampararme con tu autoridad, cuanto en mayor obligación ves que te estoy por tus merecimientos. Ten salud. Dada á los 21 de mayo en mi campo, junto á Puente de Plata.

XXXIV.

LÉPIDO AL SENADO, PUEBLO Y PLEBE ROMANA

Año 710.

Si vosotros y vuestros hijos tenéis salud, huelgo de ello: yo salud tengo. Dios y los hombres me sean testigos, padres conscriptos, del ánimo y voluntad que yo he tenido siempre á la República, y de cómo ninguna cosa he apreciado más que el bien común y libertad; lo cual en breve tiempo os lo hubiera mostrado por la obra, si la fortuna no me hubiera quitado de entre las manos mi determinación. Porque el ejército todo ha guardado su costumbre en querer conservar los ciudadanos y tratar de paces, haciendo sobre ello un motín; y á mí, en realidad de verdad, me ha forzado á que tomase á mi cargo la conservación é indemnidad de tanta multitud de ciudadanos romanos. Y así yo, padres conscriptos, os suplico y pido por merced que, dejados aparte enojos particulares, miréis por el bien común de toda la República, y no atribuyáis á maldad nuestra misericordia y la de

nuestro ejercito en esta disensión civil (1). Porque si tuviéredes cuenta con la conservación y honra de todos, miraréis mejor por lo que á vosotros cumple y á toda la República. Dada á 30 de mayo en Puente de Plata. Tened salud.

(1) Asi procura excusar Lépido su unión á Marco Antonio.